

El antiguo comercio del frío.

Los pozos para la nieve y el hielo en el territorio peninsular

Pedro Antonio Ayuso Vivar,
Albert Painaud Guillaume

Cosas de los avances tecnológicos. Ahora es muy sencillo, el simple movimiento de abrir la puerta del frigorífico nos permite tener a nuestro alcance cualquier producto bien conservado de uso cotidiano.

Hace siglos no era tan fácil. Con la llegada del Renacimiento y del humanismo, aparecieron nuevas costumbres en las diversas capas sociales. Entre ellas tratados médicos que explicaban diversos avances en la medicina y en el tratamiento de enfermedades; también llegó la costumbre de tomar refrigerios y refrescar diversas bebidas.

Quizá esas novedades en la vida cotidiana fue lo que llevó a que se comenzaran a construir a finales del siglo XVI, y durante los siglos posteriores, unos grandes almacenes para guardar la nieve y el hielo con el fin de conservarla, para poder hacer uso de esos productos a lo largo del año y, de forma especial, en los meses del estío cuando el calor se hacía notar.

Esas construcciones fueron uno de los engranajes de un nuevo comercio que representó uno de los ingresos monetarios más importantes para diversas entidades y personas. Al mismo tiempo representó un trabajo cotidiano para gran cantidad de operarios, que tenían en ese laboreo una fuente económica durante determinadas temporadas del año.

Dichas edificaciones eran los llamados pozos de nieve, pozos de hielo o neveras, ejemplos de una interesante arquitectura popular. Su función era la recogida, conservación y comercialización de la nieve y del hielo natural, un artículo que tuvo un gran aprovechamiento en toda la geografía peninsular entre los siglos XVI y XVIII; a lo largo de esas centurias llegó a representar para la población un producto de primera necesidad, hasta la llegada del hielo artificial. La industrialización y, sobre todo, la aparición de los primeros ingenios que fabricaban hielo en grandes cantidades, ocasionó en apenas unos decenios la desaparición y olvido de este quehacer artesano y laborioso.



Pedro Antonio Ayuso Vivero y Albert Parnault Guillaume

La nieve, producto básico en este comercio.

A TRAVÉS DE LA HISTORIA

Se dice que en la ciudad de Ur (Mesopotamia) ya existía hace 4.000 años una llamada “casa fría o de hielo” dedicada a conservar la nieve que se traía de las lejanas montañas. En China, en el siglo XI a.C. está documentada alguna noticia sobre este tema.

El avance de la imprenta moderna desde su invención por Johannes Gutemberg a mitad del siglo XV, permitió publicar escritos que llegaban a muchos lectores; fue un hecho muy importante porque facilitó la publicidad y difusión de diversos tratados médicos, que dan una idea de cómo aparecieron controversias referentes al uso y consumo de este producto; la literatura médica jugó un papel fundamental en la importancia de la nieve.

La Edad Moderna representó una época clave para la expansión del uso y consumo de la nieve y del hielo; en el siglo XV se popularizó este producto y las clases elevadas, realeza, clero y nobleza, generalizaron su consumo.

Entre los siglos XVI al XVII se produce la consolidación del comercio de la nieve, con tres factores que influyeron en ello. En primer lugar, el uso terapéutico de la nieve, sustentado en una amplia literatura médica. En segundo lugar, una gran popularización del consumo; la nieve y el hielo dejarán de ser productos privativos de las clases elevadas y pasarán a ser un artículo consumido entre amplias y diversas clases sociales. Por último, y muy importante, unas condiciones climáticas que favorecieron el aco-

pio y almacenaje de la nieve; en este periodo tiene lugar la “Pequeña Edad de Hielo”, caracterizada por unas temperaturas medias en el territorio peninsular ligeramente inferiores a las de periodos anteriores y posteriores.

El sevillano Francisco Franco, médico del rey de Portugal, publica en 1569 el *Tractado de la nieve y del uso della*, en el cual defiende la utilidad de su consumo con frases como:

“No hay que dudar sino que la bebida fría agrada mucho”, o “ni hace al caso la costumbre, que en corte los años pasados ni había nieve ni el uso della, y principio quieren las cosas”, o bien “ha crecido tanto el uso de la nieve que no solo en la bebida usamos della, mas aún para enfriar las sábanas”.



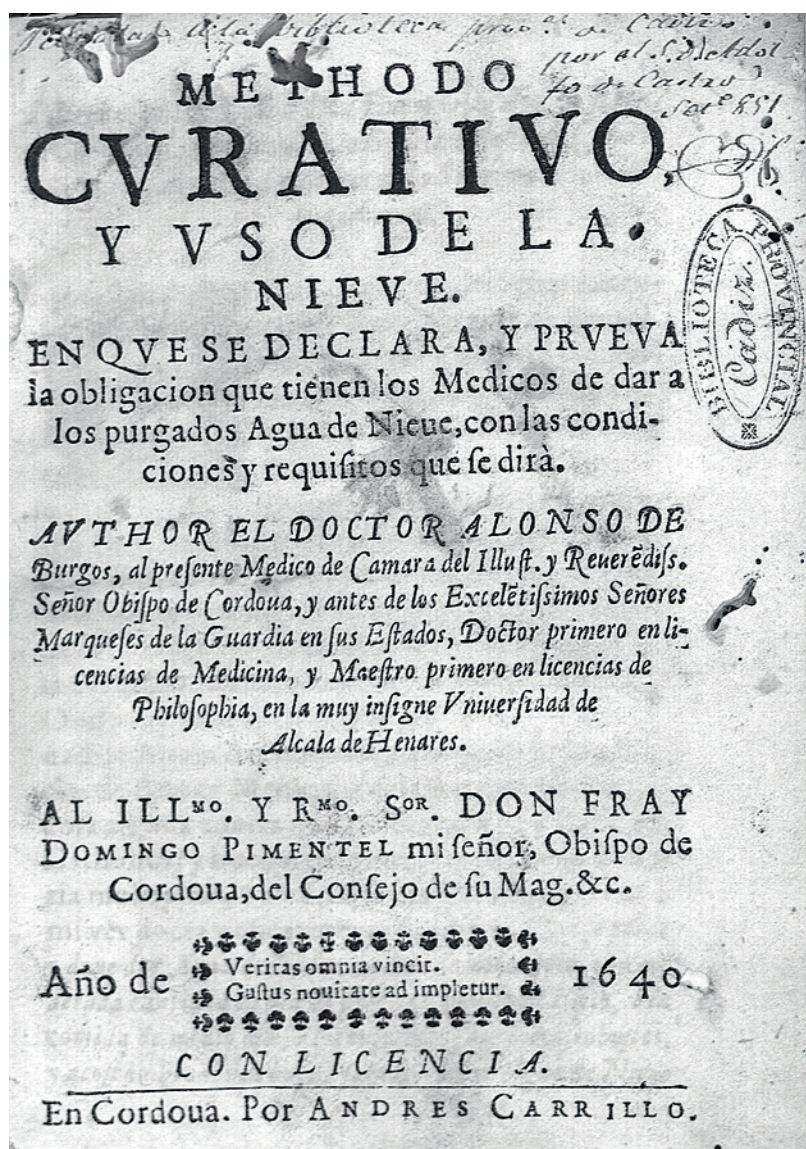
Enrique García



Enrique García



Enrique García



Portada de uno de los tratados médicos editados en el siglo XV.

El también médico sevillano Nicolás Monardes edita el *Libro que trata de la nieve y sus propiedades y del modo que se ha de tener en el beber enfriado con ella y de los otros modos que hay de enfriar* en 1571, y otro titulado *Tratado de la nieve y del beber frío*, impreso en 1580 en Sevilla, como el anterior.

El médico Francisco Micón, en 1576, publica en Barcelona la obra que lleva por título *Alivio de los sedientos en el cual se trata la necesidad que tenemos de beber frío y refrescado con nieve y las condiciones que para esto son menester y cuales cuerpos lo pueden libremente sopor-* obra de indudable éxito pues en el XVIII tuvo alguna reedición.

Es destacable también la obra *Utilidades del agua i de la nieve, del beber frío y caliente*, aparecida en Madrid el año 1637; en ella hay diversos apartados dedicados a la nieve.

CARACTERÍSTICAS CONSTRUCTIVAS

Hay dos clases diferenciadas de neveras o pozos de nieve: de “abastecimiento” o de “montaña” y de “producción” o “urbanas”.

Las primeras se construían en las zonas elevadas de los montes; tienen formas generalmente cilíndricas, construidas con materiales pétreos de la zona, generalmente poco trabajados, aunque algunos depósitos tienen un notable trabajo de cantería.



Las cubiertas son las partes menos conocidas pues apenas quedan ejemplos de ellas, derruidas por el paso del tiempo. Algunas tenían bóvedas de piedra, mientras que otras se cubrían con ramas y tablonés de madera selladas con lajas de piedra. Algunas tenían un desagüe en la parte inferior.

Las llamadas neveras de producción o urbanas eran las construidas en zonas pobladas o cercanas a ellas. Son elementos construidos por especialistas canteros, con paredes levantadas con sillares perfectamente labrados y techumbres que se cerraban con bóvedas apoyadas en arcos de sillares o falsas cúpulas construidas por aproximación de hiladas. También tenían varias aberturas a diversas alturas y algunos de ellos una entrada larga que servía de fresquera para conservar diversos alimentos. Estos depósitos tenían varias utilidades, y su función era guardar la nieve trans-



Pozo de nieve de montaña o de abastecimiento.

portada desde los pozos de montaña y también fabricar hielo de forma artificial. Para fabricar hielo se disponía de una balsa cercana al pozo que se llenaba de agua limpia en los meses de frío y cuando estaba congelada se introducía en la nevera.

También se amontonaba la nieve en ventisqueros, que sujetaban la nieve de las vaguadas con unas paredes de piedra seca. Otros almacenes eran los neveros naturales de alta montaña, donde se acumulaba la nieve de forma natural, y las cuevas o simas naturales donde se guardaba la nieve sin tener que realizar trabajos de cantería.

LAS TÉCNICAS DE CONSERVACIÓN

La actividad de recoger la nieve o lempozado era una tarea dificultosa dadas las condiciones en las que se desarrollaba, sobre todo por el frío intenso que tenía que padecer el trabajador que se dedicaba a esa faena.

El trabajo comenzaba con la llegada del otoño. Era una época en la que el arrendador o propietario avisaba a los obreros para que realizaran la limpieza anual de la nevera con el fin de tenerla dispuesta para el momento en que llegaran las nevadas invernales.

Una vez limpio el interior los empleados preparaban el recinto, construyendo una base de troncos que se apoyaban en sillares cuadrados de piedra o madera de unos 50 centímetros de altura, con el fin de dejar una cámara de aire; clavado en dichos troncos se instalaba un entramado de maderas planas separadas entre sí unos centímetros para facilitar que el agua derretida filtrara por debajo y saliera por el desagüe construido para ese fin. Sobre esas tablas se colocaba una capa de ramillas finas o paja para dejar la base plana.

Solo había que esperar la llegada de la nieve. Por las aberturas más altas se introducía la nieve que se es-

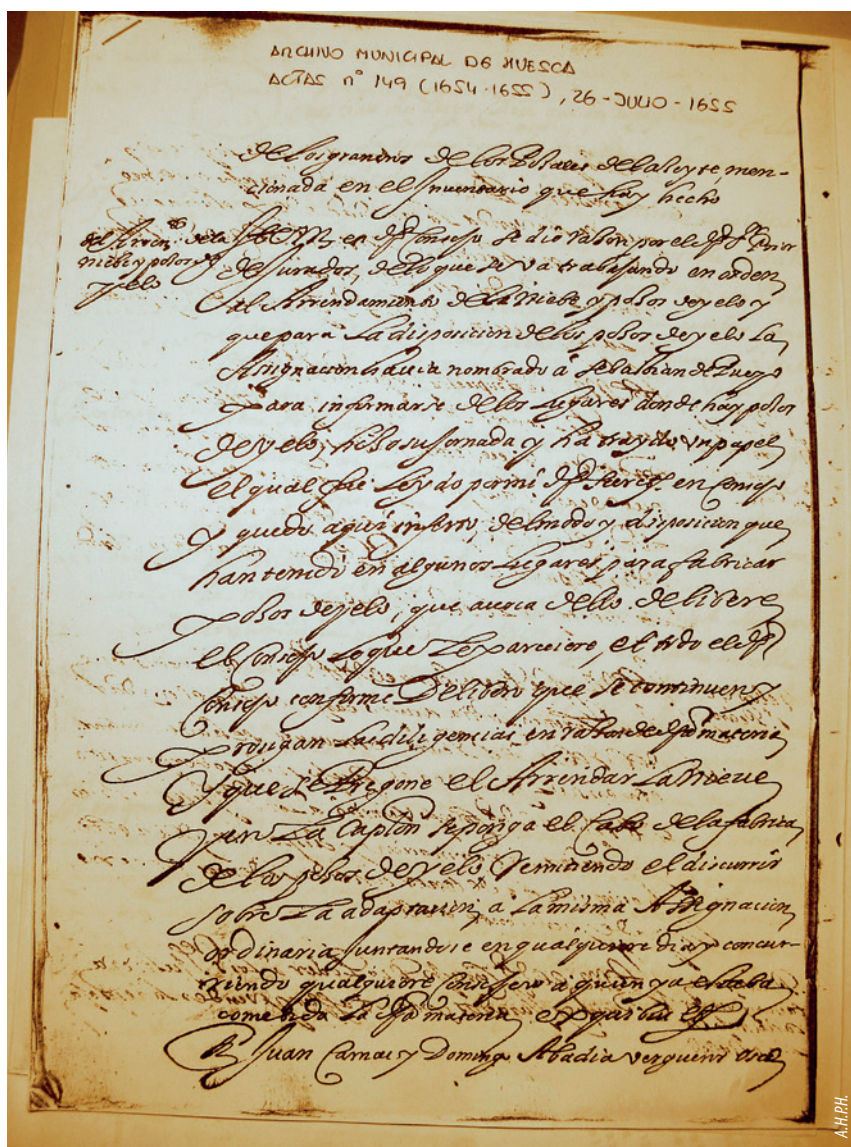


Nevera urbana (Belmonte de San José, Teruel).



Trabajos de recogida de la nieve.

parcía con palas y rastrillos y, una vez extendida, se comprimía con pisones de madera para compactarla. Cuando estaba totalmente prensada una capa de 40 a 50 centímetros de grosor, se colocaba un fino manto de paja y se repetía la misma operación hasta que se aprovechaba toda la nieve caída en el exterior o se llenaba el pozo. Era



Documento relacionado con asuntos de la nieve y del hielo.

el momento de cerrar todas las aberturas de forma hermética para evitar el deshielo del producto.

La nieve estaba guardada hasta la temporada de venta, en la que los porteadores cortaban bloques que eran colocados en carros o caballerías cubiertos de mantas y paja para trasladarlos hasta el lugar de venta al público.

EL ABASTO DE LA NIEVE. PROPIETARIOS, ARRENDADORES Y PORTEADORES

Son numerosos los documentos localizados en archivos nacionales por los investigadores sobre este tema. Se conocen nombres de propietarios, arrendadores, constructores y transportistas de la nieve, modos de acarreo, lugares donde de-

positar el producto y horarios para el transporte.

La necesidad de aumentar el acopio de la nieve y el hielo, como consecuencia de la popularización de su consumo a finales del siglo XVI, trajo consigo la necesidad de una organización en el sistema de aprovisionamiento.

La distribución comercial de la nieve partía de la propiedad de los depósitos, que generalmente pertenecían a concejos y a gente acaudalada. Los contratos de arrendamiento, que estaban en vigor durante determinados períodos de tiempo, se otorgaban mediante capitulaciones entre los propietarios y los arrendadores. Los concejos y las instituciones municipales eran los principales encar-



El castillo de Olite y su pozo de nieve.

gados de organizar la provisión del producto a los núcleos urbanos.

En los contratos se contemplaban las cantidades que se debían acarrear, la obligación de suministrar el producto solicitado, la conservación de la nieve y los precios de venta al público. Numerosos documentos antiguos hacen hincapié en



Pozo de hielo en el castillo de Olite.

las actas de arrendamiento para el reparto de la nieve y del hielo, en las cuales destaca la rigidez que se aplicaba para que el producto llegara al mercado en las mejores condiciones y sin faltar en las fechas solicitadas, lo cual no resultaba fácil teniendo en cuenta que se trataba de un producto delicado.

La cadena de distribución de la nieve y del hielo no hubiera sido posible sin la dedicación de los obreros que se encargaban del transporte desde los pozos hasta los lugares dedicados al reparto y a la venta, un trabajo que representaba un notable esfuerzo. A veces el traslado era aguantable porque la distancia era pequeña pero en ocasiones el transporte había que realizarlo desde las montañas a diversos centros urbanos.

Como ejemplo y homenaje a los esforzados arrieros o transportistas de la nieve, se transcriben unos párrafos de una capitulación que se conserva en el Archivo Histórico Provincial de Huesca, fechada el 30 de mayo de 1702, sobre un traslado de nieve desde la Sierra de Guara,

en la provincia de Huesca, hasta la localidad de Fraga, al sur de dicha provincia, con un recorrido de más de 100 kilómetros:

“...d[ic]ho Bentura Abizanda haya y tenga obligacion de asistir y ayudar al d[ic]ho Jusepe Labaruy a carrear la niebe desde los pozos de la d[ic]ha Sierra de Rodellar al lugar de Monesma y desde d[ic]ho lugar de Monesma a la villa de Fraga desde el dia quatro de Junio primero viniente de este presente año mil sietecientos y dos hasta el dia de San Miguel de mes de setiembre viniente del d[ic]ho y presente año... D[ic]ho Bentura Abizanda haya y tenga obligacion de carrear d[ic]ha niebe durante d[ic]ho tiempo con dos machos suyos cada dia y si acaso hubiere menester el



Pozo de nieve rehabilitado en La Rioja.



Considerable pozo de nieve en San Pablo de los Montes (Toledo).



Perfecta bóveda con ventanas a media altura y cenital.

d[ic]ho Josepe Labaruy tres machos tenga obligacion de poner tres machos el d[ic]ho Bentura Abizanda para el carreo de d[ic]ha nieve...”

DISTRIBUCIÓN DE LAS NEVERAS. LAS RUTAS DE LA NIEVE

En este apartado se reseñan a continuación unos ejemplos para dar una idea del importantísimo comercio que representó el acopio de la nieve y del hielo y su distribución en cada uno de los rincones de nuestra geografía. No se trata de ofrecer una re-

lación pormenorizada de las neveras construidas por todo el territorio nacional, tarea que llevaría largo tiempo.

A lo largo y ancho de la cornisa cantábrica se conocen gran cantidad de pozos. En Galicia se han localizado un buen número de ellos, destacando el conjunto de “casas da neve” en la zona de la ribera Sacra, así como la conocida nevera de Monforte, localizada en el monte de Piñeira.

En Asturias, cerca de Oviedo, están localizados, en la ladera norte, los pozos del Naranco, entre ellos los de Cantu la

Vara, abastecedores de nieve a la ciudad del Principado. Acuerdos del ayuntamiento de Oviedo constatan la recogida de la nieve cerca del Pico Paisano.

Cantabria guarda trabajos documentales que hablan de la gran nevera que existió en el casco urbano de Reinosa y otras localizadas junto al alto del Pozazal, en el municipio de Campoo de Enmedio.

En Vizcaya, Guipúzcoa y Álava se conocen unas 80 neveras, distribuidas por todo el País Vasco, llamadas también “elurzulos”; destacan las de



Feria de la nieve en Mazaugues (Var, Francia).

Pagasarri, Peñas de Aya, Pagoaga, A Labraza (en Oión), Yécora y Moreda. En estas tierras se aprovechaban igualmente las simas naturales de grandes dimensiones para recoger la nieve como sucedía en las “neberas Handi” y “nebera Txiki”, que se encuentran cerca del caserío de Nebera. Es muy conocido el elurzulo de Xoxote, en Azpeitia.

Navarra tiene numerosos pozos neveros entre los que destaca el denominado “El Huevo”, construido orientado al norte, al resguardo del palacio real de Olite. Se tiene constancia de un documento de mediados del siglo XVII que habla de la “Contrata de Arrendación del poço de recoxer hielo que su Majestad tiene en la ciudad de Olite”. Son conocidos también los de Muruzábal y Puente la Reina, nevera de La Vizcaya, en Aibar, y otros distribuidos por las sierras de Urbasa, Andía y Aralar.

Hay excelentes trabajos de investigadores que han tratado el tema del frío en La Rioja; por ello se conoce un buen

número de pozos neveros existentes en esa zona. Destaca el grupo que se encuentra en el término de Sojuela, donde se han rehabilitado y musealizado un buen número de estas construcciones. Desde los pozos riojanos de Nalda, Trevijano y Montalvillo se tiene constancia de largas caminatas para llevar la nieve a poblaciones como Logroño y algunas del País Vasco.

En la meseta, Salamanca, Ávila, Soria o Cáceres, guardan un buen número de neveras, esparcidas por las sierras del Sistema Central. En la zona de Cáceres destacan las construidas en la zona de Hervás (La Garganta) y las que se sitúan en El Piornal.

También en la zona centro peninsular se edificaron numerosos pozos de nieve. Madrid tuvo un gran comercio de hielo elaborado en grandes balsas en la capital, y de nieve, acarreada desde la Sierra de Guadarrama. Se sabe que Pablo Xarquies, importante arrendador de la nieve, contrata en 1612 un numeroso grupo de arrieros para que lleven la nieve desde

Chozas (actualmente Soto del Real) a Madrid, teniendo que trasladar la nieve desde el puerto y debiendo llegar a la capital antes de la salida del sol. Igualmente, en el monte Abantos y alto del Campillo, en el Sistema Central, se construyeron varios depósitos para almacenar nieve.

La zona de La Mancha tiene localizados una gran cantidad de estos pozos neveros. Es conocida la nevera de Campo de Criptana (Ciudad Real), perfectamente rehabilitada y musealizada. Y se tiene constancia del movimiento de grandes cantidades de nieve que se distribuían desde la Sierra de San Vicente y desde la Sierra de San Pablo. Está documentado el traslado de la nieve desde los dos pozos situados en el Monte de la Morra, en San Pablo de los Montes (Toledo), cuyo arrendador bajaba el producto en carretas hasta la ciudad de Toledo.

También había un notable movimiento de nieve desde los numerosos depósitos que se construyeron en la provincia de Albacete. Desde la sierra



Pozo de la nieve en Alcaraz

de Alcaraz se abastecía, no solo a los municipios cercanos, sino a lugares alejados como la que se depositaba en Alicante.

Un gran número de escritos ha permitido conocer con profundidad el comercio en Cataluña. Como la recuperación y musealización en el Alt Urgell de diversas “cases de neu”. Se encuentran documentados pozos neveros o “pous de gel” en la vertiente norte de la Sierra del Montnegre, cercana a Sant Celony y en la sierra del Garraf, donde se almacenaba gran cantidad de nieve para abastecer a las principales localidades de la zona, aunque el principal centro de reparto y consumo era la ciudad de Barcelona. La falta de producto podía acarrear graves problemas por lo que no se dudaba en tener contacto con almacenes alejados. Se sabe que en el año 1605 un arrendador fue a conseguir nieve al Pirineo, en la zona de Port del Comte, a más de 100 kilómetros al norte de Barcelona. También llegaba a la Ciudad Condal



Gran nevera restaurada en Barbastro (Huesca). Hoy Centro de Interpretación de la Nieve y del Hielo.

nieve del Canigó francés, que se bajaba con mulas hasta Colliure y desde allí en barco hasta el puerto de Barcelona.

En Aragón, desde los años 80 del pasado siglo, un grupo de especialistas se han volcado en el estudio de los pozos distribuidos en todo el

territorio regional. Hasta ahora se han localizado cerca de 500 construcciones, muchas de ellas rehabilitadas y visitables, lo que evidencia el gran tránsito de este producto desde numerosos lugares. Zaragoza se abastecía de la nieve transportada desde el Moncayo y de los numerosos po-

zoz construidos en la población de Fuendetodos, lugar en el que se ha llevado a cabo un gran esfuerzo para rehabilitar algunas de las neveras. Desde los pozos de Teruel se abastecían localidades tanto aragonesas como de la zona del Levante. Una zona muy importante de producción y almacenamiento para suministrar a las ciudades de Huesca y Barbastro estaba situada en las cimas de las denominadas sierras exteriores.

Unas trescientas son las neveras de las que se tiene constancia en la zona del Levante, con estudios exhaustivos que documentan parte de ellas. Entre los siglos XVI y XX se desarrolló un activo comercio de nieve en estas tierras, donde el clima mediterráneo obligó a construir un gran número de neveras a lo largo de la fachada montañosa del litoral. Destacan las de Sierra Mariola, en el municipio de Agres, un conjunto visible donde se observan la cava de Don Miguel, cava de L'Habitació, casetta del Buitre y la cava Gran, edificación de alto valor patrimonial. Son destacables también las situadas en Sierra Espuña, en la cima del Morrón Grande, declaradas bien de interés cultural. Se conoce también la gran nevera de Xátiva, de grandes proporciones. El transporte desde estas neveras era constante, aumentando en los meses cálidos. Se sabe que carreteros de Alcublas se dedicaban

exclusivamente al transporte de nieve desde La Bellida hasta Valencia.

En la zona sur peninsular también se localiza un buen número de depósitos de nieve, siendo relevantes los traslados que se llevaban a cabo desde las montañas de Sierra Nevada y de Jaén, en Sierra Mágina, de más de 2.000 metros, con pozos construidos a gran altura, cuya nieve fue aprovechada para la venta a lo largo del verano abasteciendo a lugares como Baeza, Úbeda y Andújar. En esa zona el comercio duró hasta comienzos del siglo pasado conservándose topónimos locales como los “caminos de los neveros”.

No faltan construcciones para recoger la nieve tanto en las islas Baleares como en las Canarias. En Mallorca, se conoce una treintena de las llamadas “cases de neu”, distribuidas por los altos de la Sierra de Tramontana. Algunas de ellas se han restaurado y son visitables. Las islas de Menorca, Ibiza y Formentera recibían la preciada nieve de Mallorca, transportada en barcos.

En Gran Canaria se localizan tres neveras que pertenecieron al Cabildo y a la Real Audiencia, una junto al pico de Los Pozos de la Nieve, otras en la cresta de la caldera de Tirajana. En Tenerife se han documentado más de una decena, en las alturas de los municipios de La Orotava, Arafo y Guimar, conocidos como los pozos

de nieve de Izaña, catalogados como bien de interés cultural con la categoría de sitio etnológico. En la isla de La Palma se tiene constancia de un pozo en la Caldera de Taburiente.

LAS NEVERAS Y SU PUESTA EN VALOR

Es evidente que en los últimos decenios se ha generalizado una positiva labor de concienciación en la rehabilitación, conservación y puesta en valor del patrimonio en general, con el fin de adquirir un desarrollo económico y cultural.

La recuperación de los pozos de nieve y de hielo constituye uno de esos fenómenos que han comenzado en todo el territorio nacional, con el objetivo de valorar y reconocer la importancia de esas construcciones. Son centenares las neveras que se han rehabilitado y otras están pendientes de concluir los trabajos de reparación.

Quizá sea laborioso, pero la amplia información conocida actualmente debería servir como punto de partida para la elaboración de un completo catálogo con la finalidad de concluir a nivel nacional un mosaico general de pozos de nieve y de hielo. Así se acordó en el Seminario Internacional sobre “las neveras y la artesanía del hielo” celebrado en Fuendetodos, y sería trascendental para poner en valor uno más de los llamados “oficios perdidos”.



Ubicación del pozo de la nieve en la vega de Alcaraz

Carlos Guillén del Rey